

Meditación sobre el bicentenario¹

Hurtado, Guillermo.

1. Una conmemoración sin sentido

En los dos capítulos anteriores me ocupé de la manera en que la democracia y la filosofía pueden unir esfuerzos para contribuir a la solución de nuestra crisis de sentido colectivo. En este capítulo retomaré un tema que había tocado en el primer capítulo; a saber, el de la fractura de nuestra historicidad. A partir de una reflexión sobre el significado de la conmemoración del bicentenario de la Independencia intentaré ofrecer una manera de articular nuestra democracia y nuestra filosofía con una comprensión de la historia patria.

Como era de esperarse, la fiebre mundial de las conmemoraciones llegó puntualmente a México en ocasión del bicentenario de su independencia.² Los aniversarios nacionales son una oportunidad no sólo para celebrar, sino también para reflexionar acerca del pasado, el presente y el futuro de un país. En el caso mexicano, el ambiente festivo quedó opacado por un torbellino de revisiones del pasado nacional, de análisis críticos de su presente y de escenarios sombríos de su futuro.

La conmemoración del bicentenario de la independencia de México será recordada por la dificultad que tuvieron sus organizadores para encontrar la clave y el tono del discurso de las celebraciones. El contraste con los festejos del centenario no podía ser más grande. En aquella ocasión, la comisión oficial se preparó durante años para ofrecer una imagen positiva de México y una interpretación orgánica de su historia. Ahora no tenemos nada parecido a lo anterior. No obstante, podría decirse que es bueno que así sea. El bicentenario se celebra en una democracia plural que no impone una imagen sesgada de la nación, ni una interpretación sectaria de su historia. No importa que la tribuna de la patria esté vacía —se diría—, la celebración puede llevarse a cabo abajo, en el foro, en la forma de un diálogo ciudadano. Sin embargo, me parece que el hecho afortunado de que tengamos un régimen democrático no debería ser una excusa para dejar de tener una imagen de

¹ Publicado originalmente en: Hurtado, Guillermo (2011). *México sin sentido*. México: Siglo XXI-UNAM.

² Para un estudio del fenómeno de la conmemoración, véase Pierre Nora, “La era de la conmemoración”, en *Pierre Nora en Les Lieux de memoire*, Montevideo, Ediciones Trilce, 2008, pp. 167-199.

México y una interpretación de su historia. Si la tribuna de la patria está vacía es porque abajo, en el foro, no sabemos qué decir.

¿Cómo hacer una lectura sinóptica de nuestra historia que no sucumba en el modelo de la historia de bronce? ¿Cómo redactar un discurso público sin caer en la pomposa oratoria de antaño? No queremos celebrar como hace cien años — sería ridículo— pero tampoco sabemos cómo hacerlo ahora, y eso nos hace pensar que quizá no deberíamos hacerlo en lo absoluto. A mí me parece que si eso llegase a pasar, si algún día renunciáramos a realizar la celebración de nuestra independencia, cometeríamos un grave error. México puede tener todos los defectos del mundo, pero es *nuestranación*, es el hogar común que compartimos todos. No querer recordar el inicio de su existencia, por apatía o por desdén, sería como negar una parte de nosotros mismos.

Ante este panorama deprimente pienso que la filosofía mexicana del siglo anterior puede ayudarnos a recobrar el sentido de la conmemoración del bicentenario. En lo que sigue intentaré arrojar alguna luz a este acontecimiento de la mano de dos de nuestros filósofos de la historia: Luis Villoro y Edmundo O’Gorman.

2. El enigma de la independencia

En *Los grandes momentos del indigenismo en México*, Luis Villoro ofreció una distinción entre la historia problemática y la historia enigmática.³ La historia problemática es la historia académica, la que estudia el pasado como un conjunto de hechos de los cuales podemos entender ciertas cosas con la ayuda de métodos de investigación. La historia enigmática, en cambio, nace de la perplejidad ante el pasado. El hecho del pasado no es un dato explicable, cuantificable, sino un enigma que nos revela sus significaciones profundas. La historia problemática de la independencia ha tenido contribuciones valiosas en años recientes. Gracias al trabajo de los historiadores mexicanos y extranjeros ahora entendemos mejor las influencias, dimensiones y repercusiones del movimiento. El mismo Villoro contribuyó a la historia problemática de la independencia con su importante libro *El proceso ideológico de la revolución de independencia*. Sin embargo, en algunos de los párrafos más inspirados de dicha obra, Villoro roza la historia enigmática. Es memorable,

³ Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950.

por ejemplo, su descripción del estado existencial de Hidalgo en la víspera de la rebelión. Cito a Villoro: “Mientras en torno de la mesa se calibran los móviles y razones para actuar, Miguel Hidalgo se aleja de sus compañeros, en silencio, sumergido en su interior soledad, pasea por la estancia. De pronto, ante el asombro de todos, la deliberación se corta de un tajo: Hidalgo se ha adelantado y, sin aducir más razones ni justificaciones, exclama: ‘Caballeros, somos perdidos, aquí no hay más recurso que ir a coger gachupines’. La decisión no ha brotado del cálculo de los motivos, sino de la soledad y el silencio. Los conspiradores sienten, de pronto, toda la angustia del salto libre.”⁴

Pero la historia enigmática avanza por un canal diferente que poco tiene que ver con la labor de los profesionales de la historia. La memoria profunda —intrahistórica, diría Miguel de Unamuno— de lo que sucedió esa madrugada del 16 de septiembre de 1810 en el atrio de la iglesia de Dolores se ha moldeado en nuestra conciencia por narraciones y estampas transmitidas de generación en generación. Una muchedumbre se reúne por el repicar de las campanas. El Padre Hidalgo, transfigurado en caudillo, llama a los parroquianos a levantarse en armas. El pueblo grita vivas y mueras —las cosas no fueron exactamente así, pero eso no le inquieta a la historia enigmática—. Una fuerza acumulada durante siglos de humillaciones estalla de manera incontenible. Todo lo que sucede después es impredecible y trágico. Como Cuauhtémoc tres siglos antes y como Madero un siglo después, Hidalgo ofrenda su vida en el altar de la patria. Su cabeza colgó durante años de una de las esquinas de la Alhóndiga de Granaditas. ¿Qué fue lo que en verdad lo impulsó a prender la mecha de la rebelión? ¿Por qué ordenó a su ejército que emprendiese la retirada después de la batalla del Monte de las Cruces? ¿Qué hubiera pasado si hubiese llegado a Tejas? Éstas son preguntas que jamás tendrán una respuesta, pero que flotan en nuestra imaginación como papalotes movidos por el viento.

Hidalgo precipita una serie de eventos inesperados que aún hoy tienen repercusiones. Una de ellas, quizá la que parecería tener menor importancia, es la fiesta popular del 15 de septiembre. Más allá de los espetados estudios académicos, más allá de la fuerza elusiva de los hechos, la versión enigmática de la independencia cobra vida cada 15 de septiembre. Lo primero que habría que tomar en cuenta es lo que parece más obvio: que

⁴ Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de la independencia*, segunda edición, México, UNAM, 1967, p. 62.

se trata de un *grito*. En medio del escándalo de los altavoces y petardos, cada quien hace su propio grito: por acá se escucha un grito de liberación, por allá uno de desahogo, acullá uno de auto afirmación, al lado uno de amargura, más al fondo uno de alegría, aquí cerca uno de orgullo. Todos esos gritos se unen en una sola voz que lo mismo se escucha en el Zócalo, que en Tapachula o en Chicago. Ésa es la voz de los mexicanos y describirla de esa manera no es un artilugio de retórica o una frase vacía. Hay otra descripción muy manida que no deja de tener algo de verdad: el grito sale del alma. Octavio Paz ya había observado que ese grito es la expresión de emociones guardadas dentro de aquello que antes se llamaba el alma y hoy la psique.⁵ No pretendo efectuar algo tan prepósteros como un psicoanálisis del mexicano. Mi interés tan sólo es describir el ritual del 15 de septiembre para buscar pistas de nuestra historia enigmática. Por ejemplo, el que la fiesta sea nocturna me parece significativo. La oscuridad de la noche le da al grito un manto protector que no tendría a plena luz del día. Los demás elementos de la ceremonia son accesorios. No hace falta un espectáculo con artistas de moda y pantallas gigantes. Bastan los confetis, las serpentinas y las bengalas de siempre. El funcionario que sale al balcón para ondear la bandera es una figurita lejana que se reemplaza de vez en cuando sin que eso le importe a nadie. Los verdaderos protagonistas de esta representación sacramental son los mexicanos que se reúnen en un inmenso coro de amarguras y anhelos.⁶

3. Historia, verdad y democracia

No podríamos menospreciar la expresión popular del sentimiento patriótico sin caer en un intelectualismo muy ramplón y mezquino. Sin embargo, sería lamentable que el bicentenario quedara limitado a su expresión ritual, porque después del festejo todo sigue igual. México tendría que salir fortalecido y renovado de estas efemérides. Pero para ello tenemos que comprender que la importancia del bicentenario no es conmemorativa, sino *proyectiva*. Para desarrollar esta idea voy a abordar el bicentenario desde otra visión de la historia. O’Gorman hizo una distinción entre dos concepciones del estudio del pasado. Una es la de la historiografía entendida como ciencia social. Esta posición asume que el pasado

⁵ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

⁶ Para una historia del grito, véase Fernando Serrano Migallón, *El grito de independencia: historia de una pasión nacional*, México, Porrúa, 1995.

contiene hechos objetivos que están allí, como guijarros en una playa. La labor del historiador es estudiar esos hechos de manera científica y extraer verdades de ellos. En contra de esta concepción, O’Gorman sostuvo que la historiografía no es una ciencia que estudie hechos independientes de la subjetividad del historiador. En un plano ontológico, O’Gorman rechaza las lecturas esencialistas de la historia. México no tiene una esencia, sino sólo existencia.⁷ Si esto es así, entonces la celebración del bicentenario no debería limitarse a lo que sucedió aquella madrugada de 1810 en el atrio de la iglesia del pueblo de Dolores, sino debería extenderse a todo lo que pasó después. Sin embargo, no hay una sola manera de narrar ese recorrido de la patria.

En su brillante discurso de ingreso a la Academia Mexicana de Historia, O’Gorman habló del lugar de Hidalgo en la historia de México. No resisto la tentación de citar un hermoso pasaje del texto. Dice así: “Fue tan violenta, tan devastadora la revolución acaudillada por Hidalgo, que siempre nos embarga la sorpresa al recordar que sólo cuatro meses estuvo al mando efectivo de la hueste. En el increíblemente corto espacio de 120 días, aquel teólogo criollo, cura de almas pueblerinas, galante, jugador y dado a músicas y bailes, gran aficionado a la lectura y amante de las faenas del campo y de la artesanía, dio al traste con un gobierno de tres siglos de arraigo, porque si la vida no le alcanzó para saberlo, no hay duda que fue él quien hirió de muerte al virreinato”.⁸

O’Gorman muestra en su discurso de qué manera se fue gestando a lo largo del siglo XIX nuestra creencia de que Hidalgo es el padre de la patria y de que hay que celebrar la independencia el 16 de septiembre. Mientras que unos defendían a Iturbide y al movimiento de 1821, otros propugnaban por la versión que a la larga resultó triunfadora. La diferencia entre ambas posiciones quedó subsumida dentro de la contienda entre federalistas y centralistas. Los primeros eran, por lo general, hidalguistas, y los segundos, iturbidistas. Con el triunfo definitivo de la República en 1867, la entronización de Hidalgo quedó asegurada. Es así como se forjó un discurso histórico que nos narra una gesta que se inicia en 1810, se encamina con el Congreso de Chilpancingo en 1813, se retoma con el Plan de Casa Mata en 1823, se asienta con la Constitución de 1824, se recobra con la Revolución de

⁷ Edmundo O’Gorman, “La historiografía”, en *México: 50 años de Revolución*, vol. IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, pp. 193-203.

⁸ Edmundo O’Gorman, “Hidalgo en la historia”, en Eugenia Meyer (comp.), *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 381.

Ayutla en 1854, se define con la Constitución de 1857, y se concreta con la restauración de la República en 1867. En su versión más reciente, la narración prosigue hasta bien entrado el siglo XX con la descripción de la Revolución mexicana como el movimiento que consolida la construcción de la nación. Esta narración bien conocida por todos es la trama principal de la denostada historia oficial del antiguo régimen. Dicho de otra manera, si hoy celebramos el 16 de septiembre y veneramos a Hidalgo, en vez de celebrar el 27 de septiembre y venerar a Iturbide, no es por la fuerza incuestionable de los hechos, sino sobre todo por obra de quienes desde la tribuna nos persuadieron, no sólo con buenas razones, sino también con los fusiles humeantes, de que su versión de la historia era la correcta.

¿Acaso esto significa que el pueblo que cada año celebra la noche del 15 de septiembre ha estado engañado? No, y esto es lo interesante de la visión de la historia de O'Gorman. Ninguna de las dos interpretaciones en pugna está más cerca de la verdad objetiva que la otra, porque en las dos hay un elemento de subjetividad. Y esto no significa que todas las versiones de la historia patria sean iguales. Las hay más o menos rigurosas, más o menos justas y, ¿por qué no decirlo?, más o menos patrióticas. Pero, entonces, ¿cómo elegir la versión de la historia que sea la base de la historia nacional, es decir, de la historia que se enseña en las escuelas y que marca las fechas del calendario cívico? En un régimen autoritario esto se hace por medio de la fuerza. El grupo en el poder impone su propia visión de la historia. En una democracia, en cambio, el Estado tiene que aceptar que se ponga a discusión la narrativa histórica de los planes de estudio y de las ceremonias cívicas. ¿Acaso esto significa que la decisión sobre cuál será la versión elegida de la historia nacional tendrán que tomarla los *especialistas*, es decir, los *científicos de la historia patria*? Mi opinión es que la discusión no puede estar monopolizada por los especialistas, que debe ser amplia y pública, y que los principios y valores que han de guiar a la sociedad para adoptar una versión de la historia nacional no pueden limitarse a un conjunto estrecho de criterios académicos. Para elegir de manera democrática la versión de la historia que servirá como historia nacional se tiene que tomar en cuenta, entre otras cosas, el factor de *integración social y orientación colectiva* de la versión elegida.

La búsqueda de lo que en verdad sucedió en el pasado ha sido, desde Tucídides, uno de los fines de la investigación histórica. Es frecuente que las tiranías intenten ocultar la verdad conocida acerca del pasado y que incluso pretendan escribir una historia espuria que

sirva a sus intereses de dominación. Enrique Krauze ha dicho recientemente que “la historia que conviene a nuestra joven democracia (...) es una historia que sirve (...) a la honesta búsqueda de la verdad”.⁹ Sin embargo, cuando la historiografía adopta la verdad como su *único* valor, se corre el peligro de que el Estado o cualquier grupo político quede convencido de que por fin se ha encontrado *la verdad* sobre la historia nacional y, con base en ello, quiera imponer *esa* versión de la historia a todos los demás. Por ello, O’Gorman encontraba una peligrosa relación entre una concepción estrecha de la historiografía como ciencia y el totalitarismo.¹⁰ En la democracia, por el contrario, siempre tiene que haber un campo abierto para la pluralidad de las interpretaciones sobre el pasado, y lo que ha de determinar cuál de ellas será la base del *acuerdo social* es, además de su *rigor académico*—que supone, entre otras cosas, la solidez de sus fuentes—, su dimensión de *sentido colectivo*.

Recordar nuestro pasado durante este bicentenario debe ser una manera de invocar nuestro porvenir como nación. No dejemos vacía la tribuna de la patria. Subamos a ella para precipitar desde allí el futuro deseado. Emulemos a Hidalgo y entremos con paso firme en el recón.

⁹ Enrique Krauze, *De héroes y mitos*, México, Tusquets, 2010, p. 25.

¹⁰ Edmundo O’Gorman, “La Historia: Apocalipsis y Evangelio”, en Eugenia Meyer (comp.) *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, pp. 807-820.